

germicida muy débil, y que este poder es tanto menor cuanto más puro o concentrado es el alcohol. El alcohol absoluto no debe usarse como desinfectante; el alcohol que contenga 30 por 100 de agua es muy poco antiséptico; coagula las sustancias albuminoideas de la epidermis, pero no destruye las bacterias, etc. En tratándose de la antisepsia de las manos, el alcohol no puede emplearse sino como vehículo de sustancias verdaderamente antisépticas, como la formalina, el timol y el yodo.

Como se ve, estas observaciones tienen grande interés práctico y conviene que los cirujanos las tengan en cuenta.

Doctor Francisco Antonio Arango

por el doctor JESUS M. ESPINOSA (de Abejorral).

Este sabio médico, graduado en la Universidad Nacional, murió en Medellín el 6 de los corrientes. Sus exequias fueron celebradas el 7, solemnemente, con gran concurrencia de todos los gremios y de los miembros de la Academia de Medicina. Jamás se vio tanta profusión de coronas regadas con lágrimas de gratitud, pues el doctor Arango fue universalmente querido y «pasó sobre la tierra haciendo el bien.»

La vida del doctor Arango es un dechado que se ofrece a la posteridad como comprobante de lo que pueden unidas la inteligencia, la actividad y la constancia.

Nació en Abejorral el 11 de diciembre de 1855; descendiente de notable y excelente familia, en la cual han dominado la inteligencia y el patriotismo, como que ayudó eficazmente a fundar esta ciudad y prestó un valioso auxilio a la magna guerra de la Independencia, y ha dejado notable posteridad en las letras, las ciencias y el campo del trabajo. Aran-

go, siguiendo las leyes étnicas, llegó a desarrollar sus facultades de modo tal, que lo colocaron entre los primeros servidores del Departamento.

Hizo estudios elementales en su ciudad natal bajo la dirección de don Aparicio Ramírez; en 1873 se trasladó a Medellín, y como escribiente en una oficina aprovechaba las horas libres para cursar algunas materias en nuestra incipiente Universidad; más tarde el doctor Recaredo de Villa, Presidente del Estado de Antioquia, le proporcionó una colocación en el establecimiento universitario, y ya interno estudió matemáticas, filosofía y ciencias naturales. Clausurados los estudios con motivo de la guerra de 1876, Arango marchó a Manizales y ocupó un puesto como practicante en el hospital militar, bajo la dirección del doctor Ricardo Escobar R. Dominada la revolución, haciendo sacrificios inauditos siguió a Bogotá a fines de 1877. Venciendo muchos obstáculos, sujeto a los contratiempos de la adversidad, casi hasta regresar a sus antiguos lares, consiguió una modesta colocación en la Escuela de Medicina, y continuó su carrera médica. Estudiaba de día y de noche, habilitaba cursos con rígido examen; estimulado por los triunfos adquiridos y por el aliento de los doctores Aureliano Posada, José Vicente Uribe, Plata Azuero, N. Osorio, etc., consiguió a fuerza de recio batallar el diploma de doctor en medicina y cirugía en la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional, a fines de 1880.

Dicernióse en aquella época un premio de \$ 7,000 al mejor alumno en medicina, y en riguroso concurso en competencia con aprovechados condiscípulos, Arango fue honrado con aquella condecoración. Recibió el primer contado del premio y siguió a París en 1881. En la gran metrópoli encontró a sus conterraneos Rafael Pérez, Luis Fonnegra, Daniel Uribe, Alejandro Restrepo y Clímaco Alvarez, quienes lo colmaron de atenciones por los lauros adquiridos en Bogotá.

En el principio en una pensión estudiaba la

lengua francesa y asistía por las mañanas a las clínicas de Hardy y Verneuil en la Caridad, y por la tarde, a las conferencias de Berger y Charcelay, sobre patología externa, localizaciones y enfermedades nerviosas, en los anfiteatros de la Facultad. Después se dedicó al estudio de enfermedades de los ojos con Wecker y Galezowsky, y al de enfermedades de mujeres, con Gallard; luégo se ocupó con cuidado prolijo en enfermedades de las vías urinarias y en obstetricia. Preparábase para optar grado en la Facultad, para lo cual tenía adelantados trabajos de anatomía y medicina operatoria, hechos en el semestre de invierno de 1882; temeroso de quedar en la mitad del camino, porque hacía algún tiempo que no recibía el resto del dinero de su premio, siguió estudiando especialidades en el día y reservaba a la teoría algunas horas de la noche.

Regresó al país a fines de 1883, pasó unos pocos días con su familia en su suelo natal ejerciendo su profesión con mucho lucimiento, y después se trasladó a Medellín, dedicado de lleno a sus tareas de médico cirujano, distinguiéndose entre sus colegas; ejecutó notables operaciones quirúrgicas en los órganos abdominales, respiratorios y oculares, y le cupo en suerte tomar activa intervención en la primera ovariectomía, practicada con éxito feliz en 1887.

Contribuyó a la fundación de la Academia de Medicina de Medellín, y fue su Secretario en un período, y redactor de los *Anales* de la misma corporación en otro.

Ejerció con éxito notable la profesión en Medellín por el término de treinta y dos años; tenía numerosa y excelente clientela, a la cual atendía con su educación esmerada, su trato dulce y amable, sus maneras cultas y atrayentes, y aquel porte cariñoso y simpático en sus acciones, reflejo vivo de una alma en que tenía la amistad un templo sagrado, y en que ardía la llama de la caridad y la benevolencia con esplendentes fulgores para pro-

digarla a todos, desde el palacio del magnate hasta el tugurio del mendigo. Fue uno de los médicos más afamados y populares en Antioquia.

Dotado de eminente espíritu público, hombre superior, de ingenio singular, de una potencia intelectual que asimilaba cuanto leía, contemplaba como diligente observador muy de cerca la esencia de las cosas. El doctor Arango fue factor notable en el progreso de Medellín, y trabajó tesonera-mente en el alumbrado eléctrico, teléfonos, mercado cubierto, etc., ora como miembro del Concejo Municipal, ya como ciudadano particular.

La Patria lo llamó a las Asambleas Departamentales y al Congreso, y en alguna época fue Presidente de la Cámara de Representantes. Fue Director Departamental de Higiene, Médico del manicomio y de establecimientos de prisiones, y profesor en la Escuela de Medicina de Medellín. Tocóle la honra de ser miembro organizador del segundo Congreso Médico Nacional y desempeñar en esa augusta corporación importantísimo papel.

Su teatro como médico fue amplio, y pudo realizar sus bellos ideales porque tenía voluntad de hierro, y profesaba desde niño, cuando luchaba con la adversidad, el principio de «querer es poder.» Así pudo salir avante en su carrera y vencer el pesimismo que lo dominaba desde París.

En 1887 unió su suerte a la de la digna y noble señorita doña Candelaria Tamayo. Deja una familia esclarecida en virtudes cristianas, que sabrá perpetuar como rico blasón el nombre de su padre. ¡Cuán temprano han principiado para ella las tinieblas de la vida!

Para nosotros es una rama más y muy grande arrancada del árbol de nuestros afectos.

Al dedicar este humilde recuerdo, regado con lágrimas, al sabio médico, ilustre ciudadano y al amigo dilecto, lamentamos hondamente la pérdida que con la muerte del doctor Arango han hecho la familia, la ciencia y la Patria.

Abejorral, abril 12 de 1917.